

diré cuando gustéis (replicó la maronita). Admirada de este discurso la musulmana, volvió muchas veces á conferenciar con la enferma, la cual la instruyó en todos nuestros augustos misterios y en las principales verdades del cristianismo.

En este intervalo se presentó un casamiento ventajoso para la jóven infiel. Le aceptó su padre, empenó su palabra y le propuso inmediatamente á su hija como un asunto concluido que debía ejecutarse sin réplica. La hija se valió de todas las razones que pudo imaginar para hacer que variase de resolución; pero el padre, que tenía grande interés en que se verificase este enlace y miraba la resistencia de su hija como una deshonra para él y como una rebelion contra la autoridad paternal, despreció todas sus reflexiones, instancias y lágrimas. La única respuesta que la dió fué amenazarla con que la echaria de casa y la abandonaria para siempre si no obedecía al momento. Un tio suyo, á quien recurrió manifestándole una repugnancia invencible al matrimonio, hizo cuanto pudo para mover al padre á que no violentase la voluntad de aquella hija que era la primogénita, y casase en su lugar á la segunda. Durante esta especie de negociacion, la virgen valerosa, despues de haber recibido el bautismo con el nombre de Maria Teresa, iba frecuentemente y con mucho secreto á dar cuenta de todo lo que pasaba á la maronita que acababa de instruirla. La santa enferma la confirmó en sus resoluciones, la enseñó la práctica de las virtudes mas á propósito para la situacion en que se hallaba, y la dió á entender el valor de las persecuciones y de la misma muerte padecida por Jesucristo.

Su padre, que por espacio de algunos dias la habia dejado quieta con el objeto de darle tiempo para que lo pensase mejor, se puso furioso cuando vió que todo habia sido inútil, y tomó desde luego el partido de casar á su hija menor, con un aparato que creia él que habia

de causar una pesadumbre mortal á la mayor, que era ya objeto de su odio; pero aumentándose cada dia mas y mas la aversion con que la miraba, mandó, estando algunas personas tomando café en su casa, que diesen una taza envenenada á la recién cristiana, la cual murió así mártir de la virginidad y de la Religion que se la hacia tan apreciable. No contento con esto, mandó que arrojasen el cuerpo en un pozo. Dicen que tomando el cielo por su cuenta la venganza de la virtud y de la naturaleza tan horriblemente ultrajada, murió de repente el turco inhumano pocos dias despues de su delito.

Hubo obispos y patriarcas que, á ejemplo de esta doncella magnánima, abandonaron un cisma tan reprehensible como la infidelidad, abrazaron la fé católica y padecieron los mas indignos tratamientos por haberla profesado con tanta solemnidad y perseverancia (1). El patriarca de Alepo Ignacio Pedro, recibió ochenta palos en las plantas de los pies, y despues le pusieron en una estrecha prision con el arzobispo de la misma ciudad Dionisio Reskallah. Salieron de alli para pasar al castillo de Adané, donde fueron encerrados por toda su vida en un calabozo espantoso. El arzobispo murió al momento de resultar de los trabajos del camino, y el patriarca vivió algunos meses mas, pero con enfermedades continuas y con incomodidades mas dolorosas que la misma muerte. Antes de espirar renovó en los términos mas expresivos su profesion de fé, declarando que se ponía á los pies del sucesor de San Pedro, y que moria hijo de la Iglesia católica, apostólica romana.

Despues de este martirio, y por la virtud que le fué comun con los de los primeros tiempos de la Iglesia, los patriarcas griegos de Damasco y de Alejandria volvieron á entrar en el gremio de la unidad católica. Su ejemplo y el del patriarca de Alepo fueron muy eficaces,

(1) Cart. edif. p. 138 etc.

porque todos tres tenían gran fama por su capacidad, por la pureza de sus costumbres y por su rara probidad. El de Alejandria se rindió á la luz luego que vió su resplandor, y envió inmediatamente su profesion de fé al Papa, declarando que le reconocia y reverenciaba como á Vicario de Jesucristo y Gefe de la Iglesia universal. Cirilo, patriarca de Damasco, el mas poderoso y acreditado entre todos los de Levante, tardó mas en resolverse; pero desde entonces trató á los misioneros con mucha bondad, los vió con frecuencia, y lejos de oponerse á la conversion de sus ovejas cismáticas, favorecia con todo su poder á las que querian volver á la Iglesia romana, y hasta manifestaba sentir se hubiesen sus predecesores separado de ella. En fin, una feliz tribulacion le quitó la venda de los ojos. Habiendo experimentado personalmente una de aquellas vejaciones que son tan comunes en el gobierno turco, y hallándose en la cárcel de la sangre, esto es, entre los reos destinados á sufrir la pena capital, comprendió con viveza la vanidad de los bienes y honores perecederos. No obstante, salió de este peligro y recobró la libertad á costa de seis bolsas, ó sea unos treinta y tres mil reales. Apenas se habia restituido á su casa, cuando recibió un breve del Papa que le daba gracias por las pruebas de estimacion que daba á la Iglesia romana; le suplicaba, como á su hermano en Jesucristo, que se aprovechase él mismo de los medios de salvacion que proporcionaba á su pueblo, y le recordaba estas palabras patéticas del Evangelio: *¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?* Al oír la voz del primer Pastor, acompañada de la voz interior de la gracia, no se detuvo ya el patriarca; reunió á los misioneros para declararles su resolusion, y envió su profesion al Sumo Pontífice, con su báculo pastoral en testimonio de su sumision al Vicario de Jesucristo. El patriarca de los maronitas merece, sin duda alguna, aunque por otros respetos, una

atencion tan particular como los de que acabamos de hablar. La residencia de este prelado estaba en el monasterio de Cannobin, situado en las montañas mas escarpadas del Líbano, pais inculto y casi impracticable en el dia, pero lleno de vestigios respetables de la penitencia y de la piedad solitaria que tanto florecieron en él antiguamente. Hé aqui lo que refieren dos misioneros que le recorrieron, buscando, á ejemplo del buen Pastor, las ovejas descarriadas en medio de aquellos desiertos y precipicios (1). Salieron de Tripoli en el mes de octubre, guiados por tres maronitas. Al cabo de cuatro dias de marcha continua lo mas que pudieron hacer fué llegar á las diez de la noche á la aldea de Arges, situada á la falda del Líbano, á seis leguas de sus famosos cedros. Tuvieron que pasar lo restante de la noche en una cabaña de cañas, donde estuvieron continuamente molestados de un viento furioso y muy frio. El dia siguiente padecieron una tempestad horrible que en un momento les caló toda la ropa, y duró por espacio de dos horas. La lluvia, que segun iba cayendo, formaba un rio de hielo, era nieve en los montes vecinos. En fin, despues de unos trabajos y dificultades increíbles, llegaron al monasterio de Marserkis, en donde los carmelitas, que le habitan una parte del año, se esmeraron en darles cuantos auxilios necesitaban. Este monasterio está al pié de una roca que sube perpendicularmente hasta una altura prodigiosa é inaccesible, como no sea á las águilas y á los buitres, que en efecto la frecuentan mucho. Las grutas escabadas en la roca forman una gran parte de la casa, la cual no deja de ser cómoda y bastante hermosa. La capilla es una gruta mas espaciosa, tan aseada como si se hubiese labrado á cincel. Sale de la roca una fuente abundante que dá agua para todas las oficinas, fertiliza el jardin y produce una agradable frescura. Esta morada es deliciosa en el verano, pero tan cruel

(1) Cart. edif. t. 1, p. 279 y sig.

en el invierno con las nieves y hielos del Libano, que la abandonan los carmelitas desde que llegan los primeros frios hasta Pascua, y se retiran á Trípoli.

Desde Marserkis no hay mas que una legua hasta los cedros, que se descubren desde muy lejos, aunque en el dia no hay muchos que sean muy grandes. En las cercanías de Marserkis no hay mas que doce de un tamaño extraordinario, y tienen seis varas de grueso. Hay algunos que, despues de haberse elevado algo sobre un solo tronco, se dividen en cinco ó seis cuerpos de árboles tan gruesos que apenas pueden abrazarlos dos hombres, y cuando llegan á confundirse las ramas en lo alto, forman un volúmen de que no podemos hacer juicio por nuestros árboles de Europa: no es menos prodigiosa su altura. Es grande la multitud de cedros mas pequeños que hay en el mismo sitio. Todos ocupan una llanura bastante espaciosa, que forma como la cumbre de esta primera montaña, y que está rodeada de montes todavía mas altos, siempre cubiertos de nieve, lo cual hace sea tan frio el aire de esta llanura que nadie quiere habitarla, á pesar de ser encantador el sitio. Antiguamente estaba lleno de cedros todo el Libano; pero ahora solo los hay en este parage y en una montaña inmediata á Cannobin.

Al pié de los cedros mas corpulentos hay cuatro altares de piedra, adonde el Patriarca de los maronitas vá todos los años á celebrar solemnemente la fiesta de la Transfiguracion. Van con él muchos obispos y sacerdotes seculares y regulares, acompañados de cinco ó seis mil fieles que acuden de todas partes. No se figure nadie por esto que los maronitas creen, como lo han dicho algunos historiadores, que la Transfiguracion de Nuestro Señor se verificase en aquel lugar, pues su Oficio dice en términos espresos que fué el Tabór; pero el Tabór es parte de la cordillera á que se dá el nombre de Libano y Anti-Libano. El Libano se estiende desde el origen del Jordán

hasta el monte Carmelo, á la orilla del Mediterráneo. El Anti-Libano, llamado así porque está enfrente del Libano, penetra mas por lo interior del pais, y le separan del Libano propriamente tal unas llanuras que llegan hasta mas allá de Damasco.

Los dos misioneros fueron desde Marserkis hasta el monasterio de San Eliseo, que está á una legua de distancia. Se halla situado á la falda de un monte, cuyo aspecto es algo lúgubre, á la orilla del rio Nahr-Gadischa, que significa rio santo, habiéndosele dado este nombre con motivo de que se mezclaban con sus aguas las lágrimas de los santos penitentes que en lo antiguo se retiraron á aquellas inmediaciones. Corre por una garganta, ó mas bien por un precipicio que tiene como unos sesenta pies de ancho, y está rodeado por ambas partes de una cordillera de rocas en todo su curso, que es de cinco á seis leguas. Estas rocas contienen un gran número de grutas profundas que eran las celdas de los solitarios que solo querian tener á Dios por testigo de su penitencia. Todavía inspira compuncion el aspecto de las grutas y del rio en aquel horrible desierto. El monasterio de San Eliseo, que consta de veinte religiosos maronitas, llamados alepinos, es todavía digno de los tiempos mas felices, aunque bastante moderno. Fué establecido por un santo sacerdote del pais, llamado Abdula, bajo la direccion de los misioneros jesuitas. A egemplo de los santos abades de los tiempos antiguos, fué sacado Abdula de su monasterio contra su voluntad para ser promovido al episcopado. Los monges alepinos tienen dos años de noviciado. Nunca comen de carne, y ayunan con gran rigor; visten con mucha pobreza, cantan maitines á media noche, tienen muchas horas de oracion, meditacion y lectura piadosa, y celebran todos los oficios con un fervor y una modestia ejemplar. Emplean una parte del dia en el cultivo de la tierra y en los oficios domésticos. Todos los dias por mañana y tarde dan cuenta de su conciencia al supe-

rior. Observan su regla con una exactitud escrupulosa, y particularmente la del silencio. Rara vez ven á las gentes de fuera, y nunca á las mugeres, las cuales ni aun en su iglesia tienen entrada. Si algun religioso llega á relajarse, ó desordenarse, el superior, que tiene potestad para dispensarlos de los votos, le obliga á retirarse, aunque lleve diez años de profesion. ¿Quién no echará de ver aquí la virtud de la fé romana y los felices efectos de la solicitud apostólica, aun en los retiros mas oscuros y entre las naciones mas degradadas?

Yendo desde este monasterio hasta Cannobin, por espacio de dos leguas largas, se ven las ruinas de muchos monasterios antiguos. Habia algunos en rocas tan escarpadas, que no se comprende cómo podian subir á ellos. Permanece todavía una capilla muy bien labrada en la roca, con dos altares, en uno de los cuales está la imagen de la Virgen, y en otro la de San Anton. Al lado de la capilla, y en la misma roca, hay todavía algunas celdas tan estrechas que parecen sepulcros.

En fin, llegaron los dos misioneros al monasterio de Cannobin, donde hallaron al patriarca de los maronitas, que los recibió con el mayor cariño y los sentó á su mesa; pero toda su comida se reducía á unas legumbres compuestas con aceite, algunos rábanos y un poco de pescado salado, con pan negro y muy duro. En cuanto al vino no se bebe mejor en Europa. El patriarca enseñó á los misioneros un cuarto que se abre con grande respeto desde que estuvieron alojados en él los comisionados que enviaron los Papas Gregorio XIII y Clemente VIII, así para que admitiesen los maronitas el Concilio de Trento, como para que condenasen en sinodo los errores de un conciliábulo cismático de Levante. Hay muy pocos religiosos en Cannobin, tienen mala habitacion y peor vestido y alimento. El patriarca, con los religiosos y algunos obispos maronitas que suelen vivir allí cerca, tienen una fraternidad, una sencillez y una regulari-

dad admirable. Las menores faltas se castigan severamente. El monasterio, á pesar de su pobreza, ejerce generosamente la hospitalidad con todos los pasajeros. El hábito del patriarca es encarnado, con pieles á los extremos, y debajo de este hábito, ó casaca á la oriental, lleva una sotana de color de púrpura; pero toda la pompa se reduce al color, pues por lo demás no puede observarse con mas rigor la modestia en este punto. La iglesia del monasterio, que segun se cree tiene mas de mil y cuatrocientos años de antigüedad, está dedicada á la Santísima Virgen, y es una gruta muy capaz, de la cual se hizo una iglesia bastante hermosa, en que no falta el adorno de la pintura. Las celdas de los monges son tambien unas grutas inmediatas á la iglesia.

A un tiro de piedra de Cannobin está la capilla de Santa Marina, á la que todo el pais conserva una veneracion extraordinaria. Nadie duda allí lo que los historiadores refieren de esta virgen vestida de monge, y acusada de un pecado incompatible con su sexo, sin querer probar su inocencia, á pesar de que era tan fácil. La capilla en que se honra hoy dia su virtud, que solo fué reconocida cuando enteraron á la Santa, es la gruta en que cumplió, con un silencio heróico, su humillante y larga penitencia.

A dos leguas de allí está el monasterio de San Anton; mas para llegar á él es necesario atravesar una montaña casi intransitable. Este monasterio está situado en el declive muy áspero de una roca, que formando punta se eleva hasta la region de las nubes. Consta de treinta monges alepinos, y entre ellos hay doce sacerdotes. Abdula, su fundador y superior inmediato antes de su promocion al episcopado, continuó residiendo allí despues de ser obispo y viviendo como un santo. Era su celda como la del último monge, y á pesar de la austeridad que estos observan, se trataba él con mas rigor y aspereza que ninguno de ellos. Lo único en que se distinguía de los demas era

en el hábito morado. Como este monasterio ocupa un espacio considerable, atendido el número de las grutas necesarias para que habiten todos los monges, hay dos iglesias, cuyo único adorno es el grande aseó que hay en ellas. Se encuentran todavía muchas capillas sueltas, que son otras tantas grutas, y entre ellas hay una dedicada á San Miguel, en la que se advierte cierto aire de magnificencia. Tiene tres altares y dos celditas de reclusión para los monges que van sucesivamente á hacer ejercicios espirituales. En la cima de la montaña opuesta hay otras dos grutas en que viven dos religiosos como perfectos anacoretas. Nunca salen de allí, ni hablan con nadie, sino con el superior, para darle cuenta todos los días del estado de su conciencia. Son ambos á dos sacerdotes, y dicen misa en una capillita escabada en la montaña.

Por lo que se ha visto hasta aquí de las misiones de Siria, se puede formar idea de los frutos de salvación que podían cogerse en aquel país. Es verdad que no se trataba, como con San Francisco Javier ó San Luis Beltrán, de bautizar á millares los idólatras convertidos, y menos de conquistar para Jesucristo inmensas provincias y reinos enteros; pero importaba muchísimo conservar allí la verdadera fe entre los cristianos que todavía la seguían; preservarlos del contagio del cisma y de la heregia, y hacer que volviesen á entrar en el gremio de la Iglesia muchos de los que de él habían salido. Aun con las obras mas ocultas, como son el bautismo secreto de los niños moribundos, la instrucción de los esclavos y la asistencia de los apestados, introducían en el reino de Dios los apóstoles modernos de Levante un gran número de almas, que no le son menos preciosas que las de los primeros apóstolos. Aunque es casi inútil y aun temerario intentar en Turquía la conversión de los mahometanos, queda todavía un campo muy vasto que desmontar en las falsas iglesias que hay en aquel imperio. Además del cisma de

los griegos, subsisten aun las herejias de Nestorio y de Eutiques, sin embargo de los muchos siglos que han pasado desde su origen; reina el nestorianismo, principalmente en Siria, desde donde se ha estendido hasta lo mas remoto del Asia; y el eutiquianismo en Egipto, y aun en el imperio de Etiopia, en lo interior del África.

Los eutiquianos apenas son conocidos en Egipto sino con el nombre de costos, que es el de jacobitas, abreviado y corrompido por los sarracenos. Les viene este nombre del monge Jacobo ó Jacob, apellidado Zanzalo, que fué discípulo del famoso eutiquiano Severo, patriarca intruso de Antioquia. Los árabes le dieron tambien el apellido de Burdai, que significa vestido de cobertores de camellos, porque mediante esta exterioridad humilde recorrió la Siria y el Egipto aquel hipócrita, ordenado furtivamente arzobispo, estableciendo en todas partes obispos, presbíteros y diáconos imbuidos en sus errores. Sin embargo, no admiten los costos la confusión de las dos naturalezas en Jesucristo, según el sentido de Eutiques, antes bien anatematizan á este herejarca grosero; pero siendo ellos mismos tan torpes y groseros que no comprenden que estas dos naturalezas pueden ser distinguidas sin ser separadas, y que están unidas sin dejar de ser lo que eran antes de la unión hipostática, quieren que por esta unión se hayan convertido en un solo principio activo de todas las operaciones del Hijo de Dios hecho hombre; de suerte que las acciones suyas que corresponden á las nuestras, no solo sean divinas porque toman su excelencia de la divinidad, sino porque dimanán de ella: de donde inferen y sostienen, en los mismos términos que los primeros eutiquianos, que no hay en Jesucristo mas que una operación y unavo luntad: lo que necesariamente incluye la unidad de naturaleza. Por lo demás apenas se encuentra un costo entre mil que quiera ó pueda discurrir. Toda su religion está reducida á un encaprichamiento estúpido.

Lo que sostiene el celo y la esperanza de los misioneros es que un cisma de mil y doscientos años no ha podido borrar enteramente en el espíritu de aquellos ciegos sectarios el respeto que se debe á la Silla apostólica. El patriarca, que se gloria de ser sucesor de San Marcos, discípulo de San Pedro, reconoce que el Papa es el sucesor del mismo San Pedro. Además de esto celebran todos los años con una fiesta solemne y muy particular la superioridad de San Pedro sobre los otros Apóstoles. Si no dicen en su simbolo que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, no llevan á mal que nosotros lo confesemos en el nuestro. Ignoran absolutamente la disputa que sobre este punto tenemos con los griegos; y si hubiesen de decidirse á favor de algunos, es probable que, á lo menos por el odio con que miran á estos melquitas (que así los llaman), se declararían por nosotros. Reconocen, con todos los hereges de Levante, la presencia real y permanente del Señor en la Eucaristia, la necesidad de la confesion secreta y circunstanciada, y la institucion de los siete sacramentos por Jesucristo. Hacen oracion, limosnas y otras buenas obras á fin de conseguir el alivio y descanso de las almas que salen de este mundo sin haber satisfecho enteramente por sus pecados. Conservan el culto de los Santos, con una devocion muy particular á la Madre de Dios. Tienen aún mas veneracion que nosotros á las santas imagenes; y como su aversion constante á los griegos manifiesta que jamás tomaron las prácticas de ellos, es claro que son de una antigüedad primitiva en la iglesia de Alejandria. De este modo se descubren los designios de la Providencia en orden á unas sectas, eternizadas en cierto modo para dar un testimonio eterno á tantos puntos importantes de la fe católica. ¡Tan luminoso es aquel oráculo admirable del Evangelio: *Es necesario que haya heregias!*

Pero aquella floreciente iglesia de Alejandria ó de Egipto, aquella primera escuela de

la ciencia de la salvacion, aquella viva imagen de la Iglesia triunfante, con la cual se confundía en cierto modo á causa de aquellas legiones de solitarios, mas semejantes á los ángeles que á los mortales, habia caído en un envilecimiento igual á su antiguo esplendor, y los que habian sido su mas brillante adorno, eran ya su mayor oprobio. Los monasterios, en lo antiguo tan santos y tan numerosos, de los Antonios y Pacomios, de los dos Macarios y de otros muchos maestros de la vida perfecta, ofrecían muy pocos asilos, y estos ramosos y dispersos, á unos monges silvestres, ignorantes, supersticiosos, hereges y cismáticos obstinados. Tales eran, sin embargo, los santos y los oráculos de los cristianos del país, aun mas degenerados que sus directores. Para poder hablar á estos, debían los misioneros ante todas cosas grangearse la estimacion ó la benevolencia de los monges, y á este fin ir á visitarlos con increíble trabajo á los arenales y á las rocas áridas en que están acantonados al Oriente y Occidente de la llanura de Egipto.

Este país, singular por tantos títulos y cuya situacion es necesario representarse para formar idea de los viages y trabajos de sus nuevos apóstoles, se estiende de Mediodia á Norte, desde la última catarata del Nilo hasta la embocadura de este río en el Mediterráneo, en una longitud de mas de doscientas leguas, y de veinte á veinticinco de latitud, á escepcion de la parte inferior del Cairo, donde ensanchábase por espacio de treinta y cinco leguas, llega á tener ciento de ancho en la orilla del Mediterráneo; pero en cuanto á la parte superior, se puede decir, relativamente á su riqueza y poder, que no tiene mas de cinco á seis leguas de latitud, pues no se estiende á mas el terreno que se cultiva. Así el opulento Egipto está reducido al valle del Nilo, rodeado de dos cordilleras de montañas por Levante y Poniente; todo lo demás es un terreno desierto é inculto en todos tiempos. Por esto y por su antigua magnificencia, confirmada hasta